

"Las ciudades no tienen existencia aparte de la gente que vive y trabaja en ellas.

El hombre crea según su propia imagen y, si su ciudad es confusa y desordenada, ello es porque él mismo está confundido o despreocupado con el desorden, o porque carece de los medios para establecer el orden. Si la ciudad es fea, ello es porque es indiferente a la belleza, o no es capaz de producirla. Si la ciudad cae en la decadencia, es porque él ha perdido el deseo o el vigor para mantenerla."

Estas palabras, que son de un sociólogo americano llamado Miles L. Colean, dan bastante que pensar. Sobre todo cuando uno empieza a pensar si serán verdad o no.

Por regla general, cuando distraídamente uno lee cosas de este tipo, el proceso mental que se suele seguir es el de situarse en el caso; como si la cosa fuera directamente con uno mismo. (Sobre todo cuando se da por sentado que el autor de semejantes afirmaciones es persona, al parecer, de responsabilidad. Y máxime cuando se informa uno, que todavía hay otro autor, de nombre Henry S. Churchill, que ha escrito otro libro que se llama *La ciudad es su gente*.)

De modo que puestos a adoptar la hipótesis anterior en el caso concreto de Madrid, tendríamos que empezar por calcular cuál es la "gente que vive y trabaja en ella".

Según es sabido, Madrid está habitado por gentes de muy diversas naturalezas y—a pesar de lo que a menudo se opina—por incontables personas nacidas en la ciudad de Madrid, las cuales viven y trabajan en ella.

Sin embargo, Madrid lleva muchos años funcionando como ciudad y la gente que ahora la habita es absolutamente distinta, no solamente en número, sino también en manera de enfocar las cosas, de la que vivía en tiempos de Carlos III, por ejemplo.

La vida de los materiales de construcción es, a veces, superior a la de algunas personas, con lo cual las funciones para las que estaban concebidos los edificios y la propia ciudad, como organismo arquitectónico vital, han cambiado notablemente. De manera que ha sido necesario seguir empleando hasta nuestros días unos edificios creados para una función absolutamente diferente de las que exige la vida moderna.

Este problema, sin embargo, actualmente va siendo paulatinamente resuelto, según creo, por medio de los modernos sistemas de coordinación modular que permiten un tipo de construcción mucho más económico—en proporción—a la vez que una duración mínima de los edificios.

Según Walter Gropius "la arquitectura vive, cambia,

expresa lo intangible a través de lo tangible. Da vida a materiales inertes al relacionarlos con el ser humano. Concebida así, su creación es un acto de amor".

Las ciudades, asimismo, como producto de la arquitectura colectiva, van también cambiando al paso de los años. Más o menos de prisa, según el aire de los tiempos. Es éste, al parecer, el signo de la vida del organismo ciudad. Que vive y cambia; mejor dicho, que cambia por el solo hecho de que vive.

Puede aceptarse, sin embargo, la seguridad de que el cambio no implica desorden.

Y en algunos aspectos Madrid es, según parece, una ciudad desordenada.

Los modernos medios de comunicación espiritual, permiten en la actualidad el transporte colectivo de fórmulas externas de arquitectura.

La corriente sigue el trayecto de Madrid a las provincias sin vuelta (lo mismo podría decirse de Barcelona), y es fácil comprobar en muchas de ellas el reflejo de multitud de soluciones arquitectónicas que a su vez llegaron a Madrid de diversos puntos del mundo. A saber: Suecia, Finlandia, Japón, etc.

Tales corrientes siguen también una trayectoria dentro del propio Madrid; en algunos casos, de dentro afuera. Sobre todo en el terreno que suele llamarse decoración. Así es frecuente ver cafeterías, comercios, etcétera, en los barrios extremos que recogen soluciones de locales céntricos. Los cuales, según creo, también en muchos casos las recogen, a la vez, del extranjero.

Lo que no suele suceder es que Madrid reciba aportaciones de la arquitectura tradicional de los pueblos españoles. Salvo en determinados casos de folklorismo. Por otra parte muy en boga.

Esta es una característica a considerar, si se tienen presentes las palabras iniciales de este comentario: si la ciudad resulta confusa y desordenada, es porque el hombre que la habita, o no le preocupa el orden o carece de los medios para establecerlo.

Madrid, desde este punto de vista, es a mi entender una ciudad que podríamos decir "ordenanzada" que seguramente no es lo mismo que ordenada.

Sería cosa de intentar descubrir, a partir de qué momento empezó tal desorden. Si verdaderamente existe.

Existen barrios en Madrid, por ejemplo, el que se llama de Salamanca, que tenía una continuidad de criterio, una uniformidad de materiales, una semejanza de modulación de fachadas que producía en muchas zonas una agradable sensación de conjunto silencioso y sin estridencias. Y la tuvo, a mi juicio, hasta el momento de la aparición de los modernos materiales de revestimiento, hasta el momento de la aparición de la revolución arquitectónica de nuestro modernismo y hasta el



momento de la llegada de las fórmulas y grafismos de importación nórdica o lo que sea.

Es en este momento cuando aparecen las individualidades, la prisa y el genialismo.

Lo mismo da construir en los alrededores del campo de Chamartín que en el barrio de Salamanca o en los alrededores de Alfonso XII.

Aquella espléndida unidad de materiales y fachadas que tienen algunos barrios de París—casi todos—o de Londres existía en Madrid por las zonas de los alrededores del Retiro, por el barrio de Salamanca, por el Paseo del Prado y por el Madrid viejo.

¿Existían en aquel momento Ordenanzas Municipales? Yo no lo sé. Pero existía desde luego un orden colectivo en la forma de actuar de los arquitectos. No creo exista en Madrid ninguna urbanización más agradablemente ordenada que la antigua zona que alcanza desde el paseo del Prado hasta la calle de Alfonso XII, cuyo sistema de pequeñas plazas y adaptación al terreno es extraordinariamente humano.

Es posible que, según he dicho antes, el origen de esta falta de unidad en el criterio de los arquitectos contemporáneos tenga sus raíces en muy diversos motivos que pueden ser estudiados por los sociólogos. Pero estimo que una que se me ocurre de momento podría ayudar a buscar los orígenes de este problema. Esta es la avalancha de nuevos materiales.

Es indudable la aportación de las nuevas técnicas constructivas a la arquitectura contemporánea. Así como también la de determinados materiales de construcción: el acero, el vidrio, el aluminio, el hormigón armado, etcétera. Pero se nos ha venido de pronto una avalancha de materiales decorativos deleznable, verdaderamente estúpidos, que bajo la gracia de materiales decorativos modernos constituyen una peligrosísima arma en manos de multitud de personas. Contra esto creo que no hay ordenanzas.

Así ocurre que dichos materiales ayudan en muchos casos a resolver el problema de la necesidad de originalidad que vive ocultamente en el ánimo de muchos arquitectos modernos. Necesidad que da al traste con todo sentido de orden en cuanto se proyectan las cosas fuera del solar de cada uno y se estima la ciudad como arquitectura colectiva.

Este aspecto de la cuestión no es sólo peligroso por lo que acabo de apuntar, sino también porque está terminando de mala manera con una formidable tradición de oficios: canteros, albañiles, soladores, etc.

No creo que España tenga nada que hacer en el concierto ese de la arquitectura mundial mientras los arquitectos españoles no se decidan a olvidarse un poco de las patentes extranjeras "bajo licencias en España" por imposibilidad absoluta de competir en calidad y

mano de obra con los países autores de las patentes de origen que tienen una potencia y una tradición en este terreno de la que carecemos por completo.

Sin embargo, aún existe, a mi entender, una auténtica fuente de posibilidades en los oficios tradicionales que hay que mantener y revalorizar a toda costa. Sobre todo mientras la mano de obra en España esté barata. De lo cual no tenemos la culpa los arquitectos, ni creo tengamos la obligación de resolver este problema.

Otra consecuencia de este peligro se presenta si se enfoca la cuestión de nuevo al caso de Madrid.

La capitalización de Madrid fué, según dicen, un tanto artificiosa, pero produce, a pesar de todo, una indudable atracción sobre muchas gentes de distintas regiones de la Península. Así que se vienen a la capital muchos de los admirables albañiles extremeños—pongamos por caso—y se encuentran con que aquí hay unos materiales de construcción extraordinariamente brillantes que, a lo mejor, todavía no han llegado a su pueblo, y resulta que se convencen de que tienen que ser mejores—por aquello de la capital—que los que tenían allí y que tienen que aprovecharlos según se les advierte previamente. A lo mejor con un prospecto.

Además de eso sucede que, a causa de la atracción moral de Madrid sobre muy diversos pueblos españoles hermosísimos, está surgiendo en ellos una muy curiosa arquitectura cafeteril que podríamos llamar.

La cosa es, a mi entender, digna de tener en cuenta, porque luego resulta que cuando algunas gentes de Madrid salen de viaje sienten una honda y evocadora nostalgia ante la presencia de determinados edificios modernos que han aparecido en los más bellos rincones españoles. En muchos de ellos ocurre lo que los que vivimos en Madrid queremos. Camilo Boito, en su libro *Architettura del Medio Evo in Italia* (1880), se lamentaba algo tristemente: "De la tiranía aritmética clásica no podía nacer otra cosa que la actual confusión... Somos un pueblo inquieto y perezoso: no estudiamos lo antiguo y combatimos lo nuevo; nos sonreímos ante la singularidad y nos compadecemos de las imitaciones; somos escépticos y, al mismo tiempo, llenos de prejuicios, de criterio naturalmente firme y de imaginación naturalmente voluble." Si ciertamente, como dice Co-lean, "la ciudad cae en la decadencia es porque el hombre ha perdido el deseo o el vigor para mantenerla". No es cosa de pensar que Madrid ha entrado en decadencia—que eso ya lo dirán otros—, sino más bien parece que es conveniente que nos vayamos convenciendo de que esta ciudad será lo que sea su gente.

Y desde nuestro punto de vista, la arquitectura de Madrid será lo que sean sus arquitectos, sus sociólogos y sus políticos.

Que no es posible hacer una ciudad a golpe de Ordenanzas.